

II. La Cuaresma y las tres grandes tentaciones

Al comenzar esta Cuaresma queremos hacerlo centrándonos en los tres grandes campos de nuestra vida en los que somos tentados. En ellos se juega todo lo que hacemos y vivimos. Con frecuencia creemos tener derecho al placer y a disfrutar de todo lo que anhelamos sin freno. Ingenuamente pensamos tener derecho a todo sin ponernos límites. Por otra parte, nos atrae mucho el poder sobre los hombres y las cosas. En tercer lugar se nos tienta en el afán de poseer que mueve nuestra vida, todo lo deseamos. De esta forma, nuestro corazón, tentado tantas veces, vive inquieto cuando ve, que esa triple esclavitud que nos atenaza, no nos deja aspirar a la santidad. Comprendemos que nuestro débil corazón hace todo lo posible por no perder lo que ya posee, por no dejar de gozar lo que disfruta y por no perder el poder que tiene. Nos aterra la idea de ser unos desposeídos, de no tener nada de lo que hoy creemos que nos llena la vida y el corazón. Queremos ahora profundizar en los tres frentes fundamentales de nuestra vida. La única forma de vencer esas grandes tentaciones es buscar la fuerza que Dios nos regala. Dios se complace en nuestra debilidad y nos regala la gracia que pueda transformar nuestra vida. La Iglesia nos muestra el camino para vivir este tiempo de Cuaresma.

Frente a la tentación del poder, el camino de arraigar nuestro corazón en el corazón de Dios

Tendemos a buscar siempre el poder, ésa es nuestra gran tentación. Nos sentimos atraídos por ese poder que nos abre posibilidades de actuación y nos permite gobernar, mandar, exigir, o tener derechos sobre cosas y personas. Hay muchas variantes de este poder. El poder nos permite tomar decisiones y encontrar a personas que obedezcan nuestras disposiciones. El poder nos permite opinar, decidir, indicar. Cuando tenemos poder nos toman en cuenta y nos consultan, porque pasamos a ser importantes. Entonces nuestra opinión sí es apreciada. El poder nos permite ser reconocidos, admirados, buscados, envidiados. El poder nos da seguridad, porque sin poder no somos nada, nos sentimos poca cosa. Con poder, sin embargo, tenemos abiertas las puertas del mundo, ya que todos querrán ser nuestros amigos y necesitarán nuestro poder de influencia. El poder nos hace estar enterados de todo, porque es como si todo tuviera que pasar por nosotros. La alabanza y la gratitud las recibimos como un derecho adquirido, porque no comprendemos la gratuidad. La tentación del poder nos lleva a envidiar y desear el poder que otros detentan. La atracción que despierta el poder puede hacernos mezquinos. De esta forma caemos en la crítica destructiva que hunde al que se ha convertido en un obstáculo para ejercer nuestro poder. Y puede destruir a quien es una amenaza para nuestra situación privilegiada. El poder puede corrompernos y aislarnos en medio de un mundo ávido de poder. A veces lo escuchamos: «Dale poder a un hombre y sabrás cómo es». Al ejercer el poder puede salir lo mejor y lo peor de nuestro corazón.

La experiencia de nuestra pequeñez es fundamental para hacer frente a esta gran tentación del poder. Cuando sentimos que no somos nada, que no valemos tanto como nos gustaría, crecemos en la humildad. Y la humildad, sostenida sobre la verdad de nuestra vida, nos hace libres. En esos momentos nos vemos vulnerables y necesitados. La experiencia de la propia pequeñez nos saca de nuestra prepotencia. La búsqueda de poder deja entonces de tener sentido. Si supiéramos alegrarnos de lo que somos, contentarnos con nuestra vida sin envidiar otras, estar satisfechos de lo que Dios nos ha dado, sin querer demostrarle siempre al mundo todo lo que valemos, tendríamos más paz en el alma. Sin embargo, no lo logramos. Por eso buscamos el poder para sentir que somos importantes y ver así cómo el mundo nos admira y envidia. Por eso nos parece fundamental ser

reconocidos y que nuestro nombre esté en boca de todos. Pero todo es vanidad de vanidades: «*Llegué a ser tan grande, que superé a todos mis predecesores en Jerusalén. Sin embargo, la sabiduría permanecía siempre conmigo. No negué a mis ojos nada de lo que pedían, ni privé a mi corazón de ningún placer; mi corazón se alegraba de todo mi trabajo, y éste era el premio de todo mi esfuerzo. Pero luego dirigí mi atención a todas las obras que habían hecho mis manos y a todo el esfuerzo que me había empeñado en realizar, y vi que todo es vanidad y correr tras el viento: ¡no se obtiene ningún provecho bajo el sol!*» Eclesiastés 2, 9-11. Esta confesión refleja lo que siente el alma cuando toca la altura del poder. Experimenta que todo es vanidad en esta vida que pasa. Que no valemos más por las cosas que hacemos o tenemos. Que la vida de todos llega a un mismo final. Que los días están contados y no podemos alargar nuestra vida ni un día aunque queramos. Que el poder pasa y no deja nada, sólo vacío en el alma. Que el poder nos puede corromper y hacer mezquinos, si no lo ejercemos con humildad.

Para poder aceptar nuestra pequeñez y tener una relación sana con el poder es necesario vivir seguros y anclados en Dios. Muchas personas, cuando llegan al santuario, suelen exclamar llenos de fe: «*¡Qué bien se está aquí! Dan ganas de quedarse todo el día!*». Realmente el Santuario, pequeño y acogedor, es un lugar especial para rezar y descansar en Dios. Más aún si estamos solos rezando. Una persona decía: «*Este Santuario es para mí remanso de paz, lugar en el que Dios me sale el encuentro en medio de la vida cotidiana, reposo en el corazón de María.*» Allí María reina, está presente y nos regala sus gracias. Ella nos espera en el interior del Santuario dispuesta a conducirnos a lo profundo del corazón de Dios. Y añadía esa persona: «*Si me dejo estar en Dios, ellos me acogen, me consuelan, me regalan el infinito amor misericordioso de Dios Padre, me renuevan interiormente, me dan alegría y fuerzas renovadas, me regalan una fe esperanzadora.*» Allí uno se relaja y reposa, deja en sus manos las preocupaciones y sale renovado. Cuando decimos que la primera gracia del Santuario es el cobijamiento, muchos dicen con alegría: «*Claro, ya lo decía yo, es una gracia que uno experimenta desde el comienzo.*» Sin embargo, yo trataría de hacer una distinción. Es cierto que, cuando nos sentamos en el Santuario, más aún, cuando estamos solos en su interior, experimentamos el cobijamiento de Dios. En esos momentos María nos mira, no importa dónde estemos sentados. Entonces dejamos en sus manos lo que nos pesa y esclaviza y salimos renovados. Una persona le decía a María: «*Tengo sed de tu amor. Has puesto en mí el anhelo de las tres gracias que derramas en esta "tierra santa" que es tu Santuario. Has puesto en mí una fuerte necesidad de beber del Santuario.*» Se podría decir que el primer efecto de la gracia del cobijamiento, que María nos concede, es sentirnos en nuestra casa, cobijados, aceptados tal y como somos. Allí no hay que demostrar nada, no tenemos que defendernos de nadie. Decía una persona: «*Ella nos ofrece y pone a nuestra disposición su casa, su cariño, su amor. Pero respeta nuestros tiempos y originalidad. Con una paciencia infinita de Madre sale muchas veces a nuestro encuentro y espera con los brazos abiertos a que le digamos sí.*» Nosotros vamos corriendo de un lado a otro y necesitamos descansar en algún lugar. Por eso nos lanzamos a esos brazos de Madre confiados. El Santuario nos cobija cuando llegamos con nuestras prisas y preocupaciones. María calma nuestro ímpetu, relativiza nuestras prioridades y nos hace ver lo verdaderamente importante en nuestra vida.

Y es que en la vida es necesario tener lugares en los que descansar para poder vivir con paz sin buscar la seguridad que nos da el poder. Por eso nuestra familia debería ser el primer lugar en el que tenemos que estar tranquilos. Nuestro cónyuge debería ayudarnos a descansar y a tener paz. Lo duro es que, en ocasiones, nuestro cónyuge se convierte en un especialista en destacar lo que nos falta por hacer, lo que hemos hecho mal, lo que no funciona en nuestra vida familiar. Animado incluso por las palabras del Papa, en las que nos invita a ejercer la llamada «*correctio fraterna*», nuestro cónyuge aumenta la práctica de esta actitud frente a nosotros. Cada vez que no hacemos algo o lo hacemos mal, allí está dispuesto a recordárnoslo, para que no lo olvidemos. Resalta siempre lo que nos falta y es especialista en hacer una lista inmensa de cosas pendientes. Nos lo repite muchas veces, para ver si se nos queda grabado. Y esa lista repleta de cosas pendientes, de cosas por

hacer, nos acaba creando ansiedad y nos quita la paz. Poco a poco entonces el corazón del cónyuge deja de ser un lugar de paz, porque siempre estamos en tensión, tratando de hacerlo todo bien para que nos quieran. En él no descansamos, vivimos corriendo de un lado a otro, tratando de cumplir las expectativas que tiene sobre nuestra vida. Y como no lo logramos, dejamos de tener un lugar en el que descansar. Lo mismo les puede pasar a nuestros hijos con nosotros, cuando sólo escuchan nuestros gritos y quejas. Para ellos el hogar no es un lugar de paz, ya que siempre encontramos pegas a todo lo que hacen y nunca estamos contentos con los resultados que obtienen. Siempre hay algo que ordenar, algo que mejorar, algo que limpiar, algo que podríamos no hacer o hacer mejor. Pero la verdad más clara es que todos necesitamos un hogar, un rincón en el que poder estar en paz, ser nosotros mismos, sin mentiras, ni máscaras. Sin que nos juzguen, sin que nos pidan nada, sin que tengamos que estar a la altura de lo que esperan de nosotros. Si ese lugar no lo encontramos en nuestra familia, lo acabaremos buscando fuera de casa.

De todas formas, hay un segundo efecto que recibimos en el Santuario. Ese segundo efecto es el arraigo profundo en Dios. El P. Kentenich hablaba de la «seguridad del péndulo»: «*La seguridad propia del hombre es siempre la seguridad del péndulo. En la parte inferior, el péndulo está siempre inseguro: con cada soplo del viento puede ser puesto en movimiento. Parecido es lo que sucede a menudo con la seguridad del ser humano en la tierra. ¿Dónde tiene el péndulo su seguridad? Arriba, en la alcayata. Semejante es lo que sucede con el ser humano. Sólo tiene seguridad en Dios*»¹. Es la seguridad que nos da Dios, aunque la vida nos haga tambalearnos y perder el rumbo. Cuando descansamos en el Santuario, cuando colocamos nuestra vida en Dios, comprendemos que «*el Padre tiene en sus manos el timón, aunque yo no sepa el destino ni la ruta*»². Es la certeza que nos concede una verdadera sabiduría para la vida, para enfrentar las dificultades y permanecer fieles en la lucha diaria. Es necesario cuidar esta auténtica «*confianza filial*». Trataré de profundizar a lo largo de esta charla en el misterio de esa sabiduría propia de los hijos de Dios que aprenden a vivir arraigados en el corazón de María en el Santuario y ya no necesitan demostrar lo que valen ni gozar de un poder que les dé valor. Cuando vivimos así ya no es necesario el poder. No nos interesan los puestos de influencia, no necesitamos tener personas sobre las que mandar. Anclados en el corazón de María y en el del Padre entendemos que la vida no se basa en el poder que tenemos sino en la confianza en un Dios que nos ama.

Hoy miramos al cielo y miramos a María en el Santuario. Quisiéramos desprendernos de esos apegos desordenados, de ese deseo que nos limita. El poder nos tienta. Nos atrae tener poder sobre las personas. Poder para decidir sobre ellas. Por eso queremos hacer nuestra la oración del cardenal Merry del Val : «*Librame, Señor, del deseo de ser estimado, alabado, honrado, aplaudido, preferido a otros, consultado, aceptado. Concédeme la gracia de desear que otros sean más estimados y amados que yo, más alabados y a mí no me hagan caso, empleados en cargos y a mí se me considere inútil*». Quisiéramos tener esa libertad interior frente al poder. Una libertad que nos dé más paz en la vida. El poder está en relación con la autoridad y la forma como la ejercemos. Todos tenemos la posibilidad de ejercer la autoridad. Nos toca hacerlo en nuestro hogar, o en el trabajo, o en las relaciones sociales. Nuestra forma de ejercer la autoridad tiene que ser reflejo de la autoridad de Dios. De Él lo recibimos todo. Pero hoy la imagen de la autoridad está en crisis. Necesitamos aprender a descansar en Dios y a arraigar nuestra vida en su corazón de Padre. Decía el P. Kentenich: «*El hombre, incluso el corrupto, no se inclina hoy ya ante los hombres. ¿Ante quién se inclina entonces? Ante un poder secreto, vivo en una persona. Cuando me entrego de esta manera, con disciplina -o sea, no de forma instintiva-, llevo entonces en mí un secreto que nadie puede copiarme. Se pueden repetir las palabras; por ejemplo, un sistema que yo haya establecido, se me puede copiar; pero la fuerza para obrar no viene del sistema, sino de la propia personalidad. Procede de una personalidad que*

¹ J. Kentenich, “la imagen del hombre católico”

² J. Kentenich, “Hacia el Padre”, 399

*misteriosamente encuentra su morada en otro mundo y que no sólo lo dice sino que también lo vive*³. Cuando vivimos anclados en Dios podremos ejercer nuestra autoridad en esta vida con amor y humildad. Porque todos, en mayor o menor medida, ejercemos alguna autoridad. La autoridad siempre es un servicio y toda autoridad descansa en Dios y de Él procede. Nuestra vida será coherente cuando lo que vivimos coincida con lo que pensamos y decimos. Reflejamos una autoridad que no es nuestra. El poder es servicio. Pero lo olvidamos. En este mundo que a veces está tan corrupto, vemos muchos ejemplos negativos en el ejercicio de la autoridad. Y nos sentimos muy pequeños y débiles. Quisiéramos reflejar la fuerza generadora de Dios a través de nuestros actos y palabras. En la coherencia de nuestra vida ejercemos la autoridad. Todo poder entraña una responsabilidad que es muy superior a nuestras capacidades y fuerzas. Por eso nos sentimos tan pequeños y débiles cuando tenemos que controlar y hacernos cargo de nuestra vida y de las vidas que nos han sido confiadas. Quisiéramos reflejar la fuerza generadora de Dios a través de nuestros actos y palabras pero muchas veces tropezamos y nos sentimos frágiles, lejos de Dios. Cuando nuestra vida es coherente, cuando bebemos de la fuente del corazón de Dios, logramos reflejar la autoridad que viene de lo alto.

Ya lo decía el P. Kentenich: «*El amor puro y verdadero, no solamente une, sino que también transforma. Cuando todos los impulsos de mi corazón están atados a Dios, entonces toda mi persona es, y debe ser, un tabernáculo de Dios*⁴. Cuando de verdad nos anclamos en el Santuario, cuando se convierte en una necesidad nuestra costumbre de ir a descansar allí regularmente y pasar largos ratos con María, entonces el amor nos va transformando. María atrae nuestro corazón para hacerlo suyo. Entonces confiamos, porque hemos puesto nuestra confianza en Dios. Porque, en realidad, se trata de algo muy sencillo: nos fiamos o no nos fiamos de Dios. Aprender a confiar significa dejar que Dios conduzca nuestra vida de verdad. Muchas veces queremos controlarlo todo, no queremos delegar nada, pensamos que podemos hacerlo todo nosotros porque somos muy eficaces. Entonces Dios queda sólo para cuando yo ya no podemos más, para el momento en el que fallamos y nos derrumbamos. En ese momento entra Él en escena. Decimos que confiamos en su poder, pero, en realidad, confiamos más en nuestras fuerzas. No nos fiamos demasiado de sus caminos y preferimos solucionar nosotros nuestros problemas a nuestra manera, siguiendo nuestro camino. Al ejercer la autoridad, sin embargo, con frecuencia nos sentimos débiles. Dios nos confía a nuestros hijos y nos da autoridad sobre ellos. Ante su futuro y la incertidumbre del mañana, sentimos muchas veces impotencia. Deberíamos aprender a confiar más en su conducción, en su poder, ya que los hijos son tuyos. Una persona me comentaba que su hija de 15 años quería irse de casa al cumplir los 18. Estaba impactada al escuchar algo así. Y la pregunta surge: «*¿Qué hemos hecho mal?*» Experimentamos la debilidad como padres, nos sentimos frágiles. No lo podemos controlar todo. Nuestros hijos no son nuestros, son de Dios. Tenemos que aprender a confiar más. No podemos vivir angustiados pensando en el riesgo que tiene vivir. Nuestros hijos le pertenecen a Dios para siempre, Él los guiará y se encargará de su futuro. A nosotros nos queda confiar más.

El P. Kentenich tenía claro cuál es el camino de la confianza: María. «*Si nos vinculamos a María, Ella conducirá ese amor a Dios. ¿Qué ocurre en un hogar familiar? Es normal que el niño ame en primer lugar a su madre. ¿Acaso no es normal que la madre asuma como su tarea más importante vincular al padre al amor del hijo? Ésta es exactamente la misión de María en relación con Dios*⁵. María experimentó a un Padre todopoderoso, bueno y siempre fiel. Aprendió a confiar en sus manos y puso su caminar en su regazo. Su canto del magnificat es un reflejo de lo que fue su vida. Se sentía pequeña, conducida por Dios y sabiendo que Cristo era el sentido de su caminar. María siempre nos conduce al Padre y al corazón de su Hijo. No

³ J. Kentenich, “Familia sirviendo a la vida”

⁴ J. Kentenich, “Mi Santuario corazón”, 27

⁵ J. Kentenich, “En las manos del Padre”, 129

podemos entender a María sin Cristo, de la misma forma que no es posible entender a Cristo sin María. Pero el P. Kentenich aclaraba: «*Cuidado, María no es lo más importante, lo más importante es Cristo. ¿Entienden? Pero cuanto más me daba cuenta del poder de María en el orden objetivo, especialmente en el orden de la educación, más claramente veía que el amor a María no es una oposición, no es un desvío, sino el camino más directo y claro*»⁶. María es el camino más directo a su Hijo y al corazón del Dios Trino. La Alianza es la escuela que Dios nos regala para cultivar un profundo amor a nuestra Madre. María logra que en Ella nos hagamos hombres nuevos, hombres arraigados, hombres con raíces, hombres capaces de vivir arraigados en otros corazones, en el corazón de Dios, en lugares santos y en ideales altos. Hombres confiados que viven con paz las incertidumbres de la vida.

María nos ayuda a unir lo natural con lo sobrenatural. Ella, la Inmaculada, es la unión perfecta de cuerpo y alma. En Ella no hay pecado. Pero Ella nos enseña, en la debilidad de nuestra vida, a unir nuestra naturaleza frágil y pecadora con el mundo divino. Decía el P. Kentenich: «*¡Cuántas deformaciones hay en el tiempo actual, cuántos católicos hay exageradamente espirituales! El hombre excesivamente espiritual se hunde mañana o pasado mañana en la más baja sensualidad*»⁷. El hombre desarraigado no logra una sana vinculación con el mundo sobrenatural y tampoco con el mundo natural. Pero todo está relacionado. No basta con vivir anclados sólo en lo sobrenatural. No somos sólo espíritu. Somos cuerpo y alma. María en el Santuario logra que salgamos transformados en hombres verdaderamente arraigados, capaces de crear vínculos sanos con los hombres y con Dios. Es un camino largo de crecimiento. Un camino de autoeducación en manos de nuestra Madre. Hoy nos preguntamos si somos de verdad hombres arraigados o vivimos desarraigados. Si hemos logrado integrar nuestro mundo instintivo en el mundo de Dios.

El arraigo hace crecer la confianza en nuestro corazón. Sólo es posible cuando experimentamos el amor de Dios en nuestras vidas. A partir de ese momento podemos vivir con la confianza de saber que Dios nos ama y nos cuida. Decía el P. Kentenich: «*Para que el amor crezca en mí tengo que creerme y sentirme amado. Rastreando las misericordias de Dios en mi propia vida; y, en particular, asumiendo los caminos de dolor como caminos de misericordia*»⁸. Mirar nuestra vida y ver las manos llenas de amor de un Padre es la experiencia sanadora que nos permite confiar. Es lo que nos hace aspirar a la santidad. Cuando miramos nuestra vida desde esta perspectiva entendemos que Dios nos quiere como hijos predilectos. En ese momento los miedos dejan de tener importancia. Porque es verdad que vivimos muchas veces con miedos. Pero, como decía el P. Kentenich respecto al valor de los miedos: «*¿Cuándo son buenos los efectos del miedo? Cuando nos impulsan a arrojarnos en los brazos de Dios. La bendición más grande que trae consigo el miedo consiste en ese estímulo de buscar seguridad y cobijamiento en un plano superior*»⁹. Sólo son buenos los miedos que nos llevan a abandonarnos en Dios, no los que nos paralizan. Porque muchas veces vivimos con miedo y no crecemos. El miedo al futuro, a perder lo que hoy poseemos, a fracasar en la vida, a equivocarnos en el camino elegido, a que nos hieran, al rechazo. Miedos y más miedos que nos hacen desconfiar de los hombres y de Dios. **¿Cómo podemos crecer en esa confianza en Dios que aumenta y cimenta la confianza en nosotros mismos?**

La autoestima es un bien preciado en nuestra sociedad y, por lo demás, un bien no muy abundante. ¿Qué cosas aumentan nuestra autoestima? ¿Cuándo y cómo perdemos la autoestima? Hoy en día hay muchos libros de autoayuda para superar nuestra baja autoestima. En realidad nuestro bienestar interior no depende tanto del exterior como de nosotros mismos. «*Solemos creernos una de las grandes mentiras que preconiza el sistema en el*

⁶ J. KENTENICH, “Jornada para sacerdotes”, 1927, p. 12

⁷ H. KING, *Textos pedagógicos*, J. KENTENICH, 447

⁸ J. Kentenich, “En las manos del Padre”, 127

⁹ J. Kentenich. “Niños ante Dios”, 257

que vivimos: que nuestro bienestar y nuestra felicidad dependen de algo externo»¹⁰. Es mentira. La posibilidad de creer en nosotros mismos está en nuestro corazón, en nuestra cabeza. Tenemos la opción en nuestra vida de ser felices y tener paz. Y continúa el autor: «*Si somos capaces de mirar lo que nos sucede con más conciencia y objetividad, encontraremos la manera de que nuestra interpretación nos permita preservar nuestro equilibrio*». Ya nos lo recuerda el Santo Cura de Ars cuando dice que nada malo que nos digan disminuye nuestro valor y, al mismo tiempo, nada bueno que nos digan nos hace mejores. Sin embargo, ¡Cuánto influye en nuestro estado de ánimo el rechazo o la aceptación de los demás! Vivimos buscando el reconocimiento y el amor de los que nos rodean. Queremos que todos nos amen siempre. Queremos ser aceptados por toda la humanidad. Por eso nos importan tanto los cargos y las responsabilidades. Porque así nos sentimos más importantes. Sin embargo, cuando no recibimos la aceptación permanente, sentimos que no valemos nada y seguimos caminando por la vida sin ilusión ni esperanza. Entonces, *¿Cómo se cimienta la autoestima?*

El camino que nos regala nuestra espiritualidad es la llamada infancia espiritual. El P. Kentenich nos invitó siempre a vivir esa actitud ante la vida que reflejaron los santos, en especial Santa Teresa de Lisieux. Decía el Padre que tenemos que aspirar a «*ser de la manera más perfecta posible lo que el niño es de manera imperfecta*»¹¹. El Padre nos invitó a construir nuestra vida sobre esos cimientos firmes para no necesitar nada más: «*Sobre los pilares de la sencilla fe de un niño se levanta toda nuestra vida religiosa, nuestro amor, nuestras aspiraciones y esperanzas*»¹². Sobre esa fe de un niño es posible levantar una sana autoestima, cimentada sobre la verdad de nuestra vida. Los niños tienen un trato sencillo con Dios, una relación natural y cotidiana: «*Si volviésemos a cultivar un trato sencillo con Dios estaríamos de nuevo fundados sobre el cimiento de la sabiduría. Queremos dialogar con Dios con sencillez, simplicidad y candidez*»¹³. Nosotros, cuando somos adultos, complicamos la relación con Dios. No descansamos en Dios y no lo vemos en nuestra vida cotidiana. Nos hemos complicado demasiado. Creemos que Dios nos pide ser perfectos y, como no lo somos, huimos de Él buscando que sean otros los que nos den la paz y la aceptación que no recibimos de Dios. Tenemos que nacer de nuevo para cambiar nuestra forma de pensar y eso no es tan sencillo. Es necesario nacer de nuevo en los brazos de Dios, en los brazos de María en el Santuario, para empezar a vivir de verdad, con paz y con alegría. Porque, a menudo, vivimos atados a nuestras seguridades y llenos de miedos; hemos construido verdaderas fortalezas para proteger el corazón y que así no sufra. Tenemos que fijarnos, como nos lo recuerda el Padre, en aquellos santos jóvenes que tenían una relación sana y sencilla con Dios y con María: «*Lean las vidas de los santos Juan Berchmans y Estanislao Kotska. El pequeño Estanislao le había pedido a María la gracia de morir el día de la Asunción. Para un niño es natural que su ruego sea escuchado. Cuando encontramos hombres que han conservado esa autenticidad de niños, no debemos subestimarlos jamás*»¹⁴. En la gracia de Dios es posible volver a ser niños. María puede educarnos en esa inocencia. Nos hemos convertido en adultos y sólo un milagro puede hacer que vivamos de nuevo como niños ante Dios. Pero, *¿cómo vive el niño? ¿Cómo es su actitud ante la vida? ¿Cómo logramos superar nuestros miedos e inseguridades a través de la actitud de niños que viven en Dios?*

Cuando el niño confía así en su padre todo empieza a cambiar. «*¿Por qué un niño vive esa alegría tan propia de su edad? Porque no ha experimentado suficientemente las limitaciones de sus capacidades. Él cree en un poder fuerte y benefactor que está dentro de sí mismo y a su alrededor. Es el poder paternal y maternal*»¹⁵. Esta actitud trae muchas consecuencias prácticas. El niño se

¹⁰ Borja Vilaseca, “El principito se pone la corbata”, 126

¹¹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 453

¹² Ibídem, 456

¹³ Ibídem, 461

¹⁴ Ibídem, 462

¹⁵ Ibídem, 457

cree capaz de todo, porque no tiene miedo si está su padre cerca y cree que su padre puede lograr todo aquello que le pide. Cuando empezamos a creer que Dios es omnipotente y todopoderoso, dejamos de exigirnos ser nosotros todopoderosos. Al contrario, al ver que Dios lo puede todo, comprendemos que, la gran necesidad de Dios, es encontrar hijos que sean débiles, que acepten su debilidad y estén dispuestos a mostrarse débiles ante los demás. La humildad y el reconocimiento de nuestros límites es el camino. Sólo así podrá ejercer Dios de Padre y actuar con nosotros con su mano protectora. Entender que no necesitamos ser todopoderosos, que no nos hace falta el poder, es sanador y liberador. Vivir con esa libertad nos quita una gran responsabilidad que ponemos a menudo sobre nuestros hombros. A partir de ese momento experimentamos una paz nueva porque ya no tenemos que ser capaces de todo. Ya no será necesario hacerlo todo bien y ya no querremos que Dios vea que siempre hacemos bien todo lo que nos manda. Cuando nos sabemos débiles, y experimentamos la burla o el rechazo de parte de los demás debido a nuestra torpeza, empezamos a comprender cuál es el camino que Dios quiere para sus hijos. Dejaremos de vivir en tensión, queriendo hacerlo todo siempre perfecto. Cuando entendemos que sólo Él es omnipotente sabremos relajarnos, dejaremos de sufrir tanto y permitiremos el fracaso en nuestra vida como parte del camino que tenemos que recorrer.

No obstante, nos suele costar ver su bondad cuando las cosas no resultan como queremos. Vivimos preocupados temiendo aquellas cruces que pueden llegar en el futuro. Sufrimos, siempre lo decimos, por cosas que nunca llegan a suceder. El P. Kentenich decía: «*Nuestra preocupación más grande debe ser vivir cada segundo infinitamente despreocupados. No por soberbia, sino porque el Padre es el que empuña el timón de la barca de mi vida*»¹⁶. Por lo general no vivimos así, al contrario, vivimos con angustia pensando en el futuro y sus incertidumbres. O tal vez nos apenamos recordando nuestro pasado. Porque el timón lo llevamos siempre nosotros y tememos que Dios nos lleve allí donde no queremos ir. Pensar que Dios es bueno significa creer que todo lo que nos ocurre es para nuestro bien, aunque, aparentemente, nos parezca algo terrible y poco razonable. Entender la cruz en esta perspectiva no es nada fácil, porque solemos pensar en la cruz como en una realidad inaceptable, como un fracaso. Normalmente creemos que Dios ha decidido descargar sobre nosotros todas sus cruces, en lugar de repartirlas con más justicia entre muchos. Nos hace pensar que Dios nos ve muy capacitados para llevarlo todo con alegría y pensamos que eso no es así, que no podemos. No acabamos de ver en nuestra cruz una bendición de Dios y la vemos demasiado grande e imposible de llevar. Decía el P. Kentenich: «*El derecho, la verdad, la tradición, todo se está derrumbando. En este país nuestro ya no se puede vivir ni estar alegre ni contento si no se retorna al eje fundamental de nuestra confianza: Dios*»¹⁷. Por eso no tenemos paz y alegría al pensar que nuestra cruz es un camino de santidad que Dios tiene pensado para nosotros. Vivir así la cruz es vivir con la confianza de los niños. Es creer de verdad que nuestro Padre es bueno y que es bueno todo lo que Él hace. Esa confianza plena cuando todo falla es la única que nos puede sostener. «*El sentido de toda inseguridad es y sigue siendo la seguridad y el cobijamiento en el corazón de Dios*»¹⁸. Estas palabras cobran nueva fuerza en el momento de crisis económica que vivimos, donde todo parece tan complicado. Cuando experimentamos nuestro desvalimiento, cuando nos sentimos impotentes, sabemos que sólo tenemos una opción, descansar en el poder de Dios ya que nuestro poder no soluciona nada. Pero nos cuesta creer, no acabamos de tener esa fe firme que nos permita ver la luz en la oscuridad y caminar seguros en el peligro. **¿Creemos de verdad que Dios lo puede todo? ¿Confiamos en su omnipotencia capaz de salvar nuestras vidas aún cuando no entendemos su plan?**

¹⁶ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 333

¹⁷ Ibídem, 458-9

¹⁸ J. Kentenich, “la imagen del hombre católico”

El cobijamiento en Dios nos hace más capaces para cuidar nuestros vínculos familiares y nuestras relaciones personales. Decía el P. Kentenich: «*Si no vuelven a estrecharse de forma más delicada, dichosa e íntima lazos del alma con lazos del alma, la incapacidad de contacto que se dará mañana y pasado mañana será clamorosa*»¹⁹. Si nos anclamos en Dios es para aprender a anclarnos más profundamente en los corazones humanos. El camino suele ser el inverso. Nos anclamos en nuestros padres naturales, en nuestra familia, en nuestros seres queridos y, a través de estos vínculos sanos, nos adentramos en el mundo de Dios. A través de las causas segundas llegamos a la causa primera, Dios. Sin embargo, con frecuencia vemos vínculos humanos deteriorados, pobres, raquílicos. Relaciones de poder enfermizas. Y por eso no nos sorprende que cueste tanto crear vínculos sanos con el mundo de Dios. Vemos con frecuencia la misma realidad: nos da miedo llegar a ser infieles a los vínculos que comenzamos y tememos que nuevos vínculos nos hagan ser infieles a los anteriores. No acabamos de conocernos y tememos que ese mundo interior convulso, lleno de afectos desordenados, nos domine. Nos cuesta aceptarnos tal y como somos, aceptar nuestros límites y defectos, y por eso no nos damos con libertad, porque tememos el rechazo. Tendemos a establecer relaciones de poder, de dominio sobre otros, para evitar ser dominados. Y al mismo tiempo nos protegemos con nuestra coraza, para impedir que conozcan nuestras debilidades. El miedo al compromiso nos paraliza y vemos cómo nuestros vínculos se debilitan. Todo esto lleva a que nuestra vida se espiritualice de forma exagerada, alejándonos del mundo natural y encerrándonos en Dios. Allí nos sentimos seguros pero, en realidad, estamos huyendo del mundo. Comenta el P. Kentenich: «*Hay algunas personas que se afellan hoy en día a las formas, porque no logran vincularse sanamente a una persona*»²⁰. No podemos reprimir los afectos, tenemos que trabajarlos y sanarlos, es necesario conducirlos siempre a lo más alto. Es necesario aprender a confiar. Está claro que si no confiamos en nosotros mismos, nos va a resultar muy difícil llegar a confiar en las personas y más aún en Dios. Por eso, ¡qué importante es aprender a confiar en las personas para que ellas puedan confiar en nosotros, y, a través nuestro, en Dios!: «*Si quieres que los demás lleguen a confiar en ti, también tú debes sentir que puedes confiar en ellos, aunque estés a oscuras. Aunque te estés cayendo*»²¹. **¿Cómo nos vinculamos? ¿Qué vínculos nuestros no son sanos? ¿Cómo es la calidad de nuestros vínculos personales?**

Acoger y ser acogidos es el sentido de nuestra vida. Aprender a cobijar y soñar con sentirnos cobijados es lo que todos queremos. En esa doble realidad se mueve nuestra vida. Las grandes heridas que llevamos en el alma proceden de momentos en los que no fuimos acogidos tal y como somos, con nuestras limitaciones y nuestra grandeza. Son las heridas que nos hacen defendernos y nos llenan muchas veces de ira y rabia hacia los que nos rodean. La recepción del amor es siempre subjetiva. Decía Santo Tomás de Aquino: «*Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*», que significa: «*Lo que se recibe, se recibe al modo del receptor*». Muchas personas miran su pasado y tal vez no encuentran experiencias de dolor, de abandono, que puedan recordar con claridad. Y, sin embargo, sienten un vacío en su alma, una herida que los deja siempre insatisfechos en una búsqueda de cariño algo enfermiza. Esa búsqueda de un culpable en su pasado resulta infructuosa. El amor lo recibieron o no lo recibieron de forma subjetiva, de acuerdo a su corazón. Por eso, en esos momentos, simplemente hay que constatar que hay un vacío afectivo debido a una sensación subjetiva de que no recibimos tanto amor como hubiéramos querido. ¡Cuánta gente cree que expresa su cariño a las personas a las que quiere y, sin embargo, no siente que los otros lo perciban! ¡Qué valioso es saber expresar el cariño tratando de que aquellos a los que amamos lo perciban! Es así, la recepción del amor siempre es subjetiva. Puede que nos hayan querido mucho, pero tal vez, sin mala voluntad, no han sabido expresarlo. Esa realidad nos acaba dejando heridos. Las palabras y los gestos se pueden interpretar de

¹⁹ J. Kentenich, “Conferencias”, V 1966, 201

²⁰ H. KING, *Textos pedagógicos*, J. KENTENICH, 448

²¹ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 79

distinta manera. Tenemos que aprender a expresarnos en el mismo lenguaje que entiende la persona a la que amamos. Muchas veces nos han faltado muestras de cariño. No han sido cariñosos con nosotros y nosotros tampoco hemos aprendido a ser cariñosos y demostrativos con los demás. Solemos dar a los demás lo que hemos recibido. Repetimos lo aprendido. El problema surge cuando, como consecuencia de esa falta de amor, nos endurecemos y no nos dejamos tocar por los que nos quieren. El otro día leía: «*Creemos que no nos merecemos el amor, que si lo dejamos entrar nos volveremos demasiado blandos*»²². Como estamos heridos, no aceptamos las muestras de cariño, las rechazamos como falsas y nada nos deja satisfechos. No nos creemos el amor que recibimos. Nos cerramos al amor y eso nos incapacita para amar. Al no recibir caricias, tampoco las damos y no expresamos todo el amor que tenemos. No nos sentimos amados y no aprendemos a amar.

¡Qué importante es entonces hacer que nuestras familias se conviertan en verdadera escuelas de amor! Porque, cuando nos sabemos acogidos y podemos reposar en el corazón de otro, estamos capacitados para acoger y contener a otros. Para poder acoger a los que llegan a nosotros es fundamental ser capaces de ponernos a su altura. Por eso, en nuestra pobreza, tenemos que abajarnos y colocarnos en el corazón del que suplica misericordia. Cuando hacemos mal uso de nuestra autoridad, creamos distancia o miramos desde arriba a los que se acercan. Sin embargo, cuando nos revestimos de su piel y miramos a través de sus ojos, todo cambia. Es lo mismo que sucede cuando nos ponemos a la altura de un bebé y hacemos gestos y muecas intentando que sonría. Dejamos nuestra soberbia y prepotencia, dejamos nuestra posición asegurada, e iniciamos un camino hacia el encuentro con el otro. De esta forma, cuando lo logramos, podemos acoger al que se acerca buscando hogar. Pero no es nada fácil acoger. El otro día leía que necesitamos abrazar el universo de aquel que está frente a nosotros y ponernos a su altura: «*Entrar en su universo significa tratar de ponerte en su lugar, como si estuvieses en su piel para experimentar desde el interior lo que es creer lo que ella cree, pensar lo que piensa, sentir lo que siente, antes de regresar a tu posición. Solo este camino te permite comprender realmente a esa persona, lo que la anima y también lo que la lleva a actuar de manera equivocada si es el caso*»²³. Es grande aquel que se abaja y se hace pequeño dejando de lado su soberbia. Nuestra grandeza consiste en hacernos pequeños para poder abrazar al que sufre y sanar al que está herido. Ahí comienza nuestra misericordia, abrazando su universo con el alma. Pero no es tan fácil lograrlo porque, normalmente, interpretamos la realidad de los otros desde nuestra experiencia personal, desde nuestros criterios y puntos de vista. Tenemos una forma de ver la realidad y la aplicamos siempre. Sin embargo, abrirse al universo del otro, significa dar un paso más, cambiar nuestra forma de interpretar la realidad y abrirnos a la manera como el otro ve las cosas. Es un cambio del corazón. Nos exige aprender a caminar con otros zapatos y mirar con otros ojos. Y sólo entonces, cuando damos el paso, logramos que el otro se sienta acogido.

Ser capaces de mirar al otro con ojos diferentes es posible si sucede un cambio en nuestro corazón. Dice al respecto el P. Kentenich: «*Sabemos por experiencia que Cristo, nos regala tanto de su amor, de su pensar, de sus sentimientos, cuanto somos capaces de recibir. Él no puede entrar en mí mientras estoy enfermo, mientras sigo teniendo tanto amor propio y egoísmo en los rincones de mi alma. Pero a medida en que me voy liberando de mí, en esa misma medida se convierte mi pensar, mi amar, y mi sentir en el pensar, amar y sentir de Cristo*»²⁴. El encuentro con el Señor posibilita el cambio de nuestra forma de pensar, sentir y amar. Sólo es posible en el amor de Dios en nuestra vida. Sólo de esta forma podemos cambiar las relaciones que construimos y podemos hacerlas más sólidas y más humanas. Dios va cambiando el alma y nos abre a los que nos rodean. Al mirar nuestra vida nos damos cuenta de la importancia de tener un hogar, de lo necesarias que son nuestras raíces. Faltan los cimientos cuando la

²² Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 69

²³ Laurent Gounelle, “No me iré sin decirte adónde voy”, 246

²⁴ J. Kentenich, “Mi santuario corazón”, 31

familia se debilita: «*La verdad es que la gente de hoy no tiene cimientos, no tiene base segura, si no es la familia. Sin amor somos pájaros con las alas rotas. Es la seguridad espiritual de uno: saber que la familia estará ahí, velando por ti. Nada en el mundo te dará eso. Ni el dinero, ni la fama*»²⁵. Es importante poner el acento en cuidar la familia que Dios nos confía, el hogar en el que sembramos nuestro amor. La familia tiene que levantarse sobre cimientos sólidos. Hoy el mundo no nos hace fácil anclar el corazón en ningún lugar. Si no cuidamos la familia y los vínculos familiares, acabaremos viviendo sin raíces, sin un hogar en el que dejar que nuestro corazón descance. El Santuario hogar hace posible que María nos acoja cada día y acoja a todos los miembros de la familia. En el Santuario hogar aprendemos a echar raíces.

Nuestra misión es la misión de los apóstoles que dan testimonio de una vida nueva. Una misión concreta que se nos entrega es la de dar un testimonio como familia que camina hacia la santidad en medio de los hombres. Para eso es fundamental vivir anclados en Dios. Porque no basta con ser muy apostólicos, es necesario que aprendamos a descansar en Dios. Somos enviados para mostrar a los hombres dónde está la verdadera fuente de la vida. Está claro entonces que la oración es lo central en nuestra vida de cristianos para poder servir desde nuestro poder, porque todos, en mayor o menor medida, tenemos algún poder. Sin un profundo apego al mundo de Dios, sin un vivir anclados en el corazón del Padre, corremos el riesgo de corrompernos y no servir con un corazón dócil a la voluntad de Dios. Necesitamos el encuentro profundo e íntimo con el Señor, con nuestra Madre. Este encuentro tiene lugar en el silencio y en la soledad. Aunque muchas veces nos logramos encontrar esa soledad, llevados por la vida de un lado para otro. Pero ya el anhelo es importante, como dice el P. Kentenich: «*Es una buena señal cuando naturalezas muy apostólicas, que siempre están consumidos por el trabajo, tienen en su interior un fuerte anhelo de soledad, incluso aunque no puedan hacerlo realidad*»²⁶. Porque muchas veces, con la vida que llevamos, nos va a costar encontrar esos momentos de paz y silencio. Como dice San Lorenzo Justiniani: «*Siempre tenemos que amar la soledad aunque no podamos disfrutarla*». Sin oración nuestra vida se convierte en tierra árida y seca. Sin oración damos golpes de ciego buscando el camino. Sin el anhelo de soledad nos acabamos enfriando. Decía S. Agustín: «*El hombre es lo que ama*». Y la oración es ese encuentro de amor con María y con el Señor. Nos asemejamos a Dios si lo amamos. Cuanto más vivimos en Dios, cuanto más amamos su rostro, más reflejaremos su luz y su autoridad. El desierto es la imagen que nos acompaña en la cuaresma. Necesitamos el silencio del desierto para encontrarnos con Dios. Pero no se trata de aumentar el número y duración de nuestras prácticas religiosas. Va más allá. Necesitamos vivir en Dios todo el día, a todas horas. Es el don que imploramos en esta Cuaresma: descansar en Aquel que nos da la vida verdadera. Hacer oración es aprender a vivir en una actitud fundamental, la actitud de la entrega y el abandono. Decía el P. Kentenich: «*La palabra entrega total. ¿Qué significa? Es la disponibilidad del corazón para no negar a Dios ningún deseo, ¡absolutamente ningún deseo! Dicho en forma positiva, es la disponibilidad del corazón para consentir a Dios, incluso atendiendo a sus más mínimos deseos*»²⁷. Para que ello sea posible es necesario aprender a confiar en la oración, en ese diálogo silencioso con Dios. En ese encuentro personal con María en el Santuario va cambiando nuestra vida y nos vamos haciendo dóciles a los más leves deseos de Dios. Nos pueden enamorar los ideales o la gran misión que se abre ante nuestros ojos, pero mientras no estemos profundamente enamorados de Dios, de un Dios personal, todo será muy frágil.

²⁵ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 113

²⁶ J. Kentenich, “Indicaciones sobre la oración”, 248

²⁷ Rafael Fernández, “Sí, Padre”, 185. Cita J. Kentenich.